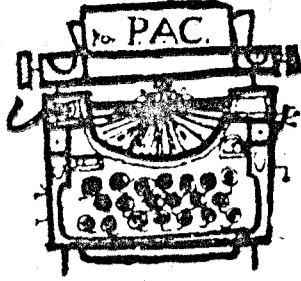


escrito a máquina

Madre

Proletaria



Cuando llegaron los españoles, los Chorotegas de Nicaragua vivían todavía restos de una muy antigua tradición de matriarcado y si juzgamos por la vieja sacerdotisa del volcán Masaya —volcán adorado como dios— la condición de la mujer entre ellos, ocupando el lugar supremo aunque sombrío de sacerdotisa canibal, queda bastante definido. Oviedo habla también de ancianas curanderas, y parece, además, que entre ellos existía un sistema de vida más descentralizado, tribal y democrático: se gobernaban por consejos electos por el pueblo y la sociedad era menos estratificada que la de los Nicaraguas. Tenían más vida de familia y esta giraba, en gran parte, alrededor de la mujer. Con todo, los padres llevaban a sus hijas a los caciques para que las desfloraran, lo que consideraban un honor, y los principales solían tener varias mujeres. Habían también fiestas especiales en que las mujeres podían cambiar de hombre durante ese día.

“Los indios del lenguaje Chorotega —agrega Oviedo— son muy ordenados y sujetos a sus mujeres”. Luego, refiriéndose a los Nicaraguas (de lengua nahua), dice: “son con mucho los amos de sus mujeres y las ordenan y tienen sujetas”.

Sin embargo, los Nicaraguas tenían costumbres y usos instituidos que no demostraban ser muy amos de sus mujeres. En primer lugar, el comercio en los mercados sólo lo ejercían las mujeres: a los hombres les estaba prohibido —bajo pena de muerte— no sólo entrar, sino hasta mirar al interior de los tiangues. Y en segundo lugar, las mujeres solteras podían dedicarse a la prostitución para reunir su dote conyugal. Gómara agrega que los Nicaraguas “todos tomaban muchas mujeres, empero una es la legítima”.

Sobre el adulterio, el informe de Bobadilla dice que el marido de la mujer que ha faltado riñe con el adúltero y le da de palos (pero no tiene derecho a matarlo), y también castiga a la mujer y la devuelve a sus padres, pudiéndose casar de nuevo él, pero ella no. Al bigamo lo desterraban, dándole su hacienda a su primera mujer. En cambio, al esclavo que dormía con la hija de su amo (esto indica estratificación social muy acentuada) “enterraban vivos a los dos delincuentes fornicarios”.

Todos estos datos nos revelan la pobre consistencia de la constitución de la familia en las dos principales culturas indígenas prehispanas de nuestra Patria. La conquista española trajo un sentido nuevo de la familia pero sólo se impuso en las clases altas y en algunas porciones bien fincadas —huerteras— de la población indígena. El mestizaje —el amor del español y la india— no constituyó células familiares sólidas sino una caótica relación de hijos bastardos y de vínculos ilegítimos que fueron creando, en la mayoría de la población, una extraña mezcla de monogamia y poligamia, de adulterio y hogar cristiano que ha subsistido hasta nuestros días, anarquizando la estructura social en sus células básicas.

Nosotros, generalmente, somos capaces de comprender —con los textos de sociología en la mano— que el trabajador no puede enfrentarse al poder avasallador del dinero si no se organiza en sindicatos. Pero hemos perdido conciencia de un presupuesto anterior, mucho más grave: que si no hay familia ni siquiera el sindicato es capaz de rescatar de la esclavitud. Es el hogar total y no el individuo el que constituye la unidad básica de producción y la más poderosa y vital unidad de defensa de la persona humana. Donde el hogar no está constituido, donde todo el peso del mantenimiento y de la educación de la prole cae sobre la pobre madre —que es el caso de un altísimo porcentaje de familias nicaragüenses— el hijo, el futuro trabajador, no tiene respaldo social alguno y antes de llegar a la etapa sindical, ya está socavado por la miseria y es un ente mal dotado como productor, difícilmente rescatable para el desarrollo.

En otras palabras: sin familia constituida el desarrollo se atasca en su propio campo de lanzamiento. Es muy difícil que un avión arranque en un campo enfangado.

Moralmente el resultado es el mismo. La falta de padre sutilmente lleva a la falta de patriotismo, es decir, a esa carencia de sentido comunal, de interés por la comunidad (¿cómo puede tener sentido del bien “común” quien no tuvo vivencia de comunidad en su hogar?), alienación e insociabilidad que está a un paso de la delincuencia.

La integridad de la familia es lo que permite —por otra parte— que el mensaje de trascendencia llegue al niño. Dios habló y habla a los hombres de muchas maneras, pero SU IMAGEN es el HOMBRE. Y Dios creó al hombre: varón y mujer. La pareja humana, con su amor, es la imagen de Dios. El niño, ya puede oír todas las palabras divinas, pero si la imagen de Dios —que es la pareja, que son sus padres— se le da falsificada; si los padres le dan un falso testimonio de Dios (negando el amor, negando la fidelidad y la unidad) ese niño difícilmente podrá seguir. o si-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

quiera concebir el mundo moral.

La maravilla de la madre nicaragüense ha sido, no sólo la de reponer al padre, económica y socialmente, sino la de haber conseguido —más allá de lo que humanamente era posible esperar— que el mundo moral de los nicaragüenses no se viniera al suelo a pesar de la anarquía familiar que padecemos.

No hay duda que este milagro (que, desgraciadamente, se va cada día menguando) debe adjudicarse, en buena parte, al sostén prodigioso que el cristianismo ha prestado a la maternidad con la figura de María y su culto. Hay una relación, no por misteriosa menos evidente, entre la grandeza heroica de la madre nicaragüense y la devoción o el amor mariano de nuestro pueblo tan manifiesto —sobre todo— en estos días de Diciembre.

El culto a la madre se sublima en María, se levanta sobre el drama de nuestra familia desintegrada y permite que el mensaje de trascendencia y de esperanza toque todavía los corazones lastimados de los hijos sin hogar.

María —por tanto— no es un mito estático que queda, en la devoción del pueblo, como saldo, como resto folklórico, de una edad ya superada. (Para algunos cristianos eso parece ser). Pero no! María es una fuerza espiritual revolucionaria que el cristianismo nicaragüense post-conciliar debe limpiar de adherencias falsas para que nos desarrolle todo en dinamismo fecundo. María no define su significado en el espectro hogareño de la Maternidad: ella es la autora del "Magnificat" —es la Mujer fuerte de la Justicia y del Amor— que nos enseña que la religión no sólo liga con Dios sino con el prójimo, y que en este segundo aspecto humanista, su signo es la defensa de los derechos y la dignidad del pobre. María, en el "Magnificat" nos anticipa y revela al Dios de las Bienaventuranzas (su Hijo), que

"muestra la fuerza de su brazo
dispersando a los orgullosos de corazón
derribando de sus tronos a los poderosos
(y elevando a los humildes,
llenando de bienes a los hambrientos y
(despidiendo a los ricos sin nada...")

Esa es la esencia transformadora de su mensaje. Y esta es la "Purísima". No unos cantos con petardos, dulces y cohetes. Sino ESTE canto: El Magnificat, su manifiesto de Amor y de Justicia de MADRE PROLETARIA.

PABLO ANTONIO CUADRA